Las determinaciones de la desigualdad en el capitalismo.

En este artículo se considera que uno de los determinantes esenciales de la desigualdad social en el capitalismo, aspecto este que junto con otros son propios de este tipo de formación social, está dado por el carácter de la relación social que organiza el trabajo, el salariado, que no es otra cosa que la venta como mercancía de la fuerza de trabajo, un acto infinitesimal, perpetuo y constitutivo.

Mauro De Toma.
Correo electrónico: detoma68@gmail.com

1. Los emergentes de la degradación y la alienación en el capitalismo.

Podemos partir de la evidencia de que las sociedades contemporáneas son cada vez más desiguales. Y esto no sería nada extraño: el tipo de sociedad en el que vivimos se organiza según parámetros capitalistas, y, en este sentido, lo que podría adelantarse es que como tal, este tipo de forma social de organización presenta claras contradicciones. Pero, ¿qué es lo que estamos diciendo? Tres cosas, en principio: i. por un lado, que la desigualdad es una contradicción (entre la producción de riqueza y la producción de pobreza), ii. por el otro, que la desigualdad no sería la única forma que asume la contradicción en el capitalismo (habría otras formas de la contradicción), y, iii. por último, que las contradicciones son estructurales al capitalismo (no son exteriores, aleatorias, circunstanciales, casuales).

i. La desigualdad es una contradicción, en la medida en que es el resultado de la producción de riqueza, por un lado, mediante la producción de condiciones sociales en las que grupos sociales reducidos pueden acceder a masas de mercancías complejas, y de la producción de pobreza, por el otro, a través de la producción de condiciones sociales en las que amplios grupos de la sociedad solo pueden acceder a formas de vida precarias; esto es, la misma formación social produce dos fenómenos opuestos y divergentes: grupos sociales que viven en condiciones de extrema penuria y otros que viven en condiciones de extrema holgura.

ii. La desigualdad no sería la única forma de la contradicción, ya que habría otras formas en las que se expresa el carácter contradictorio de la formación social capitalista. Indiquemos algunas, como evidencia de la diversidad de formas, precisamente. Una de ellas es la que se manifiesta en el trabajo: es esta actividad la que nos diferencia de los animales, nos transforma en seres humanos, y, sin embargo, en el capitalismo se presenta como una penuria, como una opresión. Otra es la de generar las más terribles miserias sociales, creando las condiciones para el desarrollo de guerras, de muertes, de todo tipo de degradación de la condición humana, y, por otro lado, formas solidarias, altruistas y bienintencionadas, como pueden serlo los productos de la creación en el campo de las ciencias y de las artes. Otra de las formas de la existencia de la contradicción es el desarrollo no solo de posiciones críticas respecto del capitalismo, sino también de posturas que son favorables a esta forma de organización social: de hecho, hoy podría indicarse que estamos, por lo menos en este lugar del mundo, en un momento en donde la clave parecería ser la de poner de relieve las características positivas y progresistas respecto del capitalismo (aunque para ello haya que esperar una vida), particularmente aquellas basadas en el desarrollo tecnocientífico y en el mejoramiento de las condiciones de vida de las personas[1].

iii. La desigualdad forma parte de las contradicciones estructurales del capitalismo, ya que simplemente podría ponerse como una consecuencia accidental o circunstancial de este modo de organización social. Plantearíamos que la desigualdad, en la medida en que se sostiene y se acrecienta, no parece ser una suerte de defecto en el funcionamiento de algo que, en condiciones normales, debería generar procesos igualatorios, es decir, crecimiento de la riqueza social y formas de apropiación social de esa riqueza de modo más ligado con las necesidades sociales; en este sentido, la

[1] En algún punto, creemos que en esa afirmación hay algo de cierto: ninguna otra formación social en la historia de la humanidad ha logrado ampliar las capacidades del trabajo humano a tal grado, dando lugar a logros, artefactos, dispositivos, que resuelven, simplifican y potencian nuestras posibilidades de vida; sin ir más lejos, el aparato desde el que escribo este textito es una expresión concreta de esa potencia expandida de la fuerza productiva del trabajo social.

continuidad en el tiempo de altos niveles de desigualdad social estaría siendo un indicio de que este aspecto no es accidental, sino estructural.

Entonces, hacemos hincapié en el carácter contradictorio de esta forma de organización social que, como toda organización social, tiene como una de sus claves, la forma en la que está organizado el trabajo social; en este caso, bajo la relación del trabajo asalariado. Sostenemos esto porque consideramos que las sociedades pueden comprenderse como formadas por i. una *base material* que involucra, entre otros aspectos, a las formas de organización del trabajo social, y, ii. una *superestructura* que comprende a las instituciones, a las ideas y al resto de las formas de organización social. Un solo caso podría sugerir la relación entre ambos niveles: las sociedades antiguas eran esclavistas (i), y esa era la relación social que organizaba la producción, y, a la vez, la esclavitud era pensada, en ese momento, como una institución legítima (ii). La legitimidad de la institución esclavista respondía a la forma en la que, en esa sociedad, se producía lo que se consumía; esto es, la legitimidad que esa relación de producción encontraba en la superestructura de la sociedad, era expresión y, a la vez, reforzaba, la forma concreta en la que se producía en la base material de la sociedad. Estos conceptos, base material y superestructura, permiten ver, entre otras cosas, el papel significativo que tiene, para las diversas formas sociales, el modo en que se organiza la producción social. Ahí, en la forma en que se organiza la producción social en el capitalismo, vamos a encontrar el núcleo de la contradicción.

Decíamos antes que la desigualdad es una de las formas de la contradicción porque implica producción de riqueza y pobreza a la vez, que no es circunstancial, sino estructural y que hay formas varias de manifestación de la contradicción. Agregamos ahora que el motivo que explicaría lo contradictorio del capitalismo radica en el carácter de la relación social fundamental que organiza el trabajo social. Esa es la tesis que organiza toda esta escritura[2]. Y lo que estaríamos tratando de mirar es una de las formas de la contradicción, la desigualdad, en términos de las condiciones de vida y de la apropiación de la riqueza social entre clases altas y sectores subalternos, entre quienes son propietarios de los medios de producción y quienes son propietarios solo de su fuerza de trabajo; en definitiva, entre ricos y pobres.

Hacemos notar también que la tesis que sostenemos es muy abstracta: indicar que la desigualdad o que las contradicciones sociales dependen de la forma en la que está organizado el trabajo social, implica mirar mediaciones, esto es, una determinación esencial que funciona como determinante en última instancia y las mediaciones que puedan encontrarse, que retardan o aceleran lo inevitable[3].

2. ¿Ciclos en las contradicciones?

Si tomamos, flexiblemente, algunos aspectos vinculados con las condiciones de vida de los sectores populares, de las clases subalternas, de los trabajadores, podríamos sugerir, tal vez como aproximación a la cuestión de la desigualdad, que hubo momentos, en la historia del capitalismo contemporáneo, en donde esas desigualdades se habrían mitigado, incluso significativamente. Momentos en donde las condiciones de empleo de los trabajadores, los niveles salariales, las políticas en la distribución de la riqueza, el papel de las instituciones públicas de carácter universal, pudieron ser palancas significativas en la vida de esos grupos sociales, lo que les habría permitido vivir con cierta holgura. Holgura que, por otra parte, era la expresión de la acumulación de capital en ese momento: el consumo masivo de los sectores medios y populares, particularmente en los países centrales, permitió que los capitalistas pudieran producir y vender más, ampliando sus márgenes de ganancias y de inversión. En este sentido, la producción de masas que efectivamente se realizaba en el mercado resultaba ser la forma de acumulación en esta etapa del ciclo capitalista.

Tan significativa podría haber sido esa etapa de bienestar y de crecimiento económico en el capitalismo, que incluso podría llevarnos a pensar que lo que fue coyuntural es estructural: esto es, lo que fue un momento en el movimiento del capitalismo, en su

---

[2] Como se dice en el barrio, esta tesis es más vieja que la humedad: ya está presente en el Prólogo a la Contribución a la Crítica de la Economía Política de 1859 de Marx.

[3] Necesariamente tenemos que indicar acá que la noción de *determinación en ultima instancia* proviene de los desarrollos de L. Althusser allá en la década del 60, en donde trató de repensar las tesis centrales del marxismo en la posguerra del capitalismo benefactor.

forma de acumulación, habría podido hacernos suponer que era la regla, que era la condición estructural del capitalismo, y que lo planteado en todo el pensamiento crítico, en particular, desde el marxismo, habría sido un gran equívoco. Equívoco histórico por no saber esperar a que esta forma de organización pudiera establecerse y dar sus frutos.

Pongamos el proceso por entero, entonces: si consideramos que hubo una primera etapa en el desarrollo del capitalismo, en el capitalismo en su forma industrial, esto es, en el capitalismo que emerge durante la llamada revolución industrial, particularmente en su segunda fase de fines del siglo XIX, y que se desarrolla hasta la década del 30, sellada esa primera etapa por la gran crisis, es en esa fase, decíamos, en donde se observa una forma de organización social que, a grandes rasgos es fuertemente desigualadora, generadora de grandes inventos y descubrimientos que impactaron positivamente sobre las condiciones de vida de muy amplios grupos sociales, en un movimiento de masificación de bienes y servicios, pero también de grandes brutalidades, como las que tiñen toda la primera parte de la historia del movimiento obrero, con su lucha por consignas muy básicas y elementales como es la jornada de trabajo limitada: la jornada de 8 horas.

Luego, a partir de la década del 30, desde esa profunda crisis económica, el capitalismo se redefinió y esto implicó un nuevo paradigma: un estado interventor que diseña las líneas de políticas macroeconómicas de desarrollo industrial, a partir no solo del estado como estado-empresario, sino también a través del impulso a la formación de una clase de capitalistas ligados al interés del estado nación, la llamada *burguesía nacional*, y la incorporación al consumo de masas, de grandes grupos de trabajadores, fundamentalmente de trabajadores industriales urbanos sindicalizados, con gran capacidad de negociación. Este modelo socioeconómico es un modelo de capitalismo industrial con gran protagonismo del estado como regulador: regulador del consumo, de la inversión, del crédito, de la asistencia pública y de la formación de la fuerza de trabajo. El estado es la pieza clave de este capitalismo cuya base es el estado nación, y donde opera como un actor político y económico con fuerte racionalidad, dosificando los recursos y las capacidades sociales en una tarea de perpetuo ordenamiento y equilibrio dinámico.

Es cierto que este modelo armónico y regulatorio habría funcionado en forma ideal solo en los países centrales, solo en las economías desarrolladas. Grandes porciones del mundo estaban fuera de este modelo de equilibrio dinámico orientado hacia un creciente desarrollo y con el acuerdo de casi todas las clases sociales, en una especie de larga tregua social. En el llamado tercer mundo esto no habría sido así (en esas décadas, Latinoamérica es un espacio lleno de tensiones, África está inmersa en el proceso de descolonización y Asia, en gran parte, es comunista, y por ende, estaría fuera de las determinaciones del capitalismo), ya que podemos suponer que una parte de los recursos de esas periferias iban a alimentar el sistema económico, armónico e igualitarista, de los países centrales: el mercado internacional, si bien es probable que pagara relativamente bien las materias primas que conseguía en forma abundante en la periferia, bien se cuidaba de socializar los adelantos tecnológicos que pudieran hacer que la brecha se redujese. Entonces, en parte, el funcionamiento ideal del centro podría encontrar su explicación en los recursos que obtienen de la periferia, por medio de la internacionalización del capitalismo a través del mercado mundial.

Pero, como sea la heterogeneidad del capitalismo posterior a la crisis del 30, es cierto que se plantean redefiniciones tan profundas que podrían hacer pensar que la condición del capitalismo es la regulación de las fuerzas económicas, en función de una suerte de bienestar generalizado.

Pero resulta (o por lo menos, a nuestros ojos parece resultar así la cosa) que todo esto fue una coyuntura, una construcción también ideológica y que la crisis del 70 vino a poner las cosas de nuevo *en su lugar*. Lo que había sido una primavera con el estado benefactor entre 1930 y 1970 (o, más estrictamente, entre 1945 y 1970), volvió a transformarse en una pesadilla, o, lo que es lo mismo, a mostrar que los datos pertenecen a la estructura y que el capitalismo genera riqueza y pobreza y desigualdades en forma sistemática. Entonces, lejos de plantear que el equívoco era la crítica, confirmaríamos que la condición estructural es la contradicción.

<u>3. ¿Se resolvió el problema de la escasez?</u>

Entonces, la hipótesis es que la desigualdad, una forma de la contradicción, está determinada estructuralmente por el capitalismo. Esto es, el capitalismo es un modo de producción que genera, entre otras contradicciones, riqueza y pobreza a la vez. Y precisamente, en el primero de los términos de esta contradicción se halla una de las mayores irracionalidades de esta forma de organización social. Porque hasta ahora dijimos que es contradictorio, que una de las formas de la contradicción es la desigualdad, que esa desigualdad, si alguna vez mermó, fue porque así este modo de producción se fortalecía más, y que la constancia de la desigualdad sugiere su carácter estructural. Pero ahora agregaremos otro elemento en la contradicción de la desigualdad, que es el de la riqueza. Y acá diremos: la contradicción es tan contundente que, pudiendo esta forma de organización social minimizar la desigualdad a partir de la masa de riqueza producida, no lo hace. Porque podríamos preguntarnos si otras formas de organización social, como el esclavismo o el feudalismo, eran contradictorias, y seguramente la respuesta es que sí lo eran. Pero la diferencia sería que en esas formas de organización social, las potencias productivas eran débiles. Veamos un poco este asunto.

Antes, en las formaciones precapitalistas, el problema era el de la producción[4]: el bajo grado de desarrollo de las capacidades de producción del trabajo humano no alcanzaba, por más equitativa que fuera la distribución (que nunca lo era), para resolver las necesidades de las poblaciones. Siempre había precariedad de recursos. Y esta situación de precariedad aumentaba si había pestes o guerras que destruyeran la producción agraria, o que diezmaran los rebaños de ganado, o que produjeran grandes matanzas (la peste negra del siglo XIV en gran parte de Europa y Asia, y la guerra de los Treinta Años en el siglo XVII, una primera guerra mundial europea, son ejemplo de ello). Ahora, el problema ya no es de producción: es un problema de distribución. La capacidad productiva del trabajo humano en el capitalismo se ha incrementado tanto, que hay producción mercantil de bienes y servicios de sobra. Y tan es así, que incluso las sociedades, que tienen una capacidad casi infinita de producción, pueden producir de sobra no solo medios de vida, sino también medios de alienación de la vida o, incluso, medios de destrucción de la vida: la producción de armas, la producción de sustancias tóxicas, dejan en claro esa plétora de recursos y de medios productivos[5].

Esta situación, la de que ya no se trata de un problema de cantidad de recursos, sino un problema de cómo se distribuyen esos recursos, puede hacernos pensar que las razones de esa desigualdad en la distribución son de orden moral: de que es la ambición de las personas, su deseo de poder y de dinero, lo que los impulsa al enriquecimiento y a la generación o agravamiento de la desigualdad. Y podríamos agregar: ¿acaso las personas no solemos ver con buenos ojos, con admiración, a aquellos que tienen mucho dinero, y por ende, poder, sin siquiera preguntarnos de dónde sacaron ese dinero? ¿No suponemos de antemano, casi como una intuición, que son *buenas personas*, a las que saludaríamos con esmero, tan solo porque visten bien, son educados y tienen casas y autos caros? Por no decir que si tienen un patrimonio de tal magnitud es porque se han esforzado, o porque son muy inteligentes, más no despiadados…

Pero, para lo que queremos sostener en este desarrollo, no sería tan importante nuestra propia práctica cotidiana, ya que ella, en alguna medida, resulta, para unos y otros, un producto o resultado social, y, por ende, podríamos pensarnos como actores actuados por la sociedad. Lo que vamos a sostener, tal vez como aspecto estructural a la dimensión subjetiva que antes sugerimos, es que la desigualdad es un producto estructural de la sociedad en que vivimos, esto es, un producto estructural del modo de

[4] Centralmente era la producción un problema. Era un problema al que se sumaba el de la distribución. Dicho de otro modo, las formaciones sociales precapitalistas tenían dos problemas: producción y distribución, aunque el primero sería el más importante.

[5] Es cierto que la producción de i. medios de muerte y ii. de medios de alienación de la vida, existió en todas las sociedades: i. siempre se produjeron armas, aun cuando la extracción y elaboración de metales para fabricarlas y la construcción de fortalezas para defenderse era muy onerosa, implicando grandes masas de trabajo social y, ii. siempre se construyeron iglesias, templos y santuarios, con gran cantidad de trabajo social involucrado, como en las pirámides egipcias. Pero sospechamos, aunque es cierto que no hemos hecho ningún cálculo al respecto, que la proporción del gasto militar en el gasto total de los estados actuales es muy significativa: el gobierno argentino retacea recursos al Garrahan y al Conicet, pero compra aviones F 16.

producción capitalista. Diremos, siguiendo a Marx, que tiene que ver con el carácter anárquico del capitalismo, con el hecho de que el capitalismo no es una forma de organización social consciente, sino que es una forma de organización social subordinada a la lógica del capital, a la lógica de la valorización del valor. Y que si hay actores sociales que llevan a cabo esta valorización, actúan sin saber que responden a una necesidad exterior: una necesidad que no es la suya propia, que es la de vivir como seres humanos plenos, sino la del capital, que les impone el aumento de las ganancias sin tener un límite para ello, ni cuantitativo ni moral. No lo saben, pero lo hacen[6].

Entonces, volvamos a poner ciertos procesos: por un lado, la resolución del problema de la producción y provisión de bienes, el problema del volumen y diversidad de bienes y servicios que las sociedades pueden producir, y, por el otro, el carácter mismo de la forma de circulación de esos productos del trabajo, algo que antes denominamos *distribución*. Es que dijimos: *ya no se trata de un problema de producción, sino de distribución*.

Con esto, y lejos, muy lejos de querer hacer una apología del modo de producción capitalista, creemos que resulta importante reconocer que, en algún momento de la modernidad, las fuerzas productivas del trabajo humano se desataron, se ampliaron desmesuradamente por primera vez en la historia de la humanidad: que un tractor pueda arar ingentes cantidades de hectáreas de tierra en muy poco tiempo y con pocos trabajadores es solo una imagen trivial de que existe una potencia productiva novedosa. Pero, simultáneamente, esa potencia productiva se expande, se desarrolla, se desenvuelve de una forma determinada: se lleva a cabo bajo una forma social que transforma en mercancía el producto del trabajo humano y permite que haya un proceso de valorización que es apropiado por algunos a expensas de las grandes mayorías. Y que lo uno no puede darse sin lo otro, que hay una necesidad de complementación entre el desarrollo de las capacidades productivas y la forma histórica en la que esta se dio.

¿Si podría haberse dado de otro modo, bajo otras formas morales de organización social? Tal vez, pero la idea no es ver lo que podría haber ocurrido, sino lo que ocurrió, lo que efectivamente se plasmó en el desarrollo histórico de las sociedades modernas.

Entonces, planteamos algunos caracteres del capitalismo como una forma de organización social que genera, contradictoria y estructuralmente, condiciones para el desarrollo de la riqueza y condiciones para el desarrollo de la pobreza, medios de vida y medios de muerte, humanidad y deshumanidad. Planteamos algunos caracteres de esa contradicción, aunque no hemos avanzado demasiado sobre su demostración. Pero, antes de avanzar sobre ella (y a Marx le debemos la demostración que vamos a retomar en lo que sigue, y tal vez, más abstractamente, a Hegel), es importante indicar que el problema podría ser (o no), el de cambiarlo. Porque podría ocurrir que, como al personaje de Matrix, Cypher, que sabiendo cómo es la realidad, prefiere volver a la ficción, porque *la ignorancia es felicidad*, sostiene.

Dicho de otro modo, lo que queremos indicar es que la desigualdad en las sociedades modernas no es un resultado exterior, no es una falencia de organización, es un elemento estructural de esta forma de organización del trabajo social.

4. Pero, al final, ¿traemos la demostración de Marx?

La cuestión podría ser, en un sentido y muy abstractamente hablando, solo de sumas y restas. Y en otro sentido, menos abstractamente, de determinación de las relaciones sociales. Estas serían dos particularidades del capitalismo.

La primera muestra cómo aumenta la riqueza y esta se acumula en manos de pocos; es decir, este aspecto muestra la desigualdad como parte de un proceso estructural que se profundiza en el tiempo.

La segunda muestra cómo en el capitalismo las cosas se manifiestan en forma invertida, porque lo que se presenta como una relación social entre iguales (vendedor y comprador de fuerza de trabajo) termina generando una estructura de desigualdad que se perpetúa y amplía en el tiempo.

Avancemos, pero al revés.

---

[6] En una canción de *Las manos de Filippi, Plusvadicción*, nuestro amigo capitalista es presentado como un enfermo, por la necesidad de acumular más y más. Canta El Cabra: *Ya nadie soportaba su energía/Siempre pensando en la plusvalía/Como cualquier adicto en todos lados/Termina siempre solo y asustado*.

La segunda peculiaridad del capitalismo muestra el carácter invertido que presentan los distintos aspectos de la sociedad en este modo de producción: lo que es de una manera se muestra de un modo opuesto. Y de acá podríamos desprender el supuesto de que otros órdenes sociales, como el feudalismo o el esclavismo, no lo eran, esto es, no presentaban ese carácter de inversión de las dimensiones sociales sino que los diversos aspectos se mostraban en forma directa. Esto no significa que esas otras formaciones sociales, no hayan sido, en otros sentidos, contradictorias y generadoras de desigualdad (¡y cómo lo eran!). Con Marx vemos el mecanismo de esa producción de desigualdad en el capitalismo, que encuentra su fundamento en las relaciones sociales que se establecen en el proceso de producción y que se muestran de modo invertido, ya que lo que es una relación social de desigualdad se muestra como una relación social igualitaria. En otras formaciones sociales, el mecanismo de producción de desigualdad no estaría puesto en el proceso de producción: estaría en otro lado… habrá que indagarlo, y, hasta donde sabemos, Marx no habría mirado con detenimiento ese asunto.

Respecto de la primera peculiaridad, la de las sumas y restas. Decimos con Marx, que la riqueza en la sociedad capitalista asume la forma de valor. Valor que se puede acumular y así, aumentar. Y volver a poner en un proceso de acumulación para que su magnitud vuelva a incrementarse y así de forma indefinida, sin límite. Esa es la lógica del valor, la lógica de la valorización del valor, es decir, la lógica del capital. Esto es, una lógica estrictamente cuantitativa. No importa la forma concreta en la que se plasma, en la que se concretiza, en la que se objetiva, en la que se observa el valor. Tanto da que sean armas o pañales. En realidad, eso es importante y no lo es. En forma abstracta, no lo es. En forma concreta, sí lo es. Y, por otro lado, también deberíamos precisar que, como en el capitalismo la riqueza asume la forma de valor, se podría sostener, a partir de esa afirmación que, en las formaciones sociales precapitalistas, la riqueza no se expresa bajo la forma del valor: se expresará de otro modo, tal vez de un modo más concreto, como acumulación de valores de uso, de cosas que se tienen, de tierras, de armas, de personas, pero no de valor. Con otras palabras, el valor es la forma abstracta que asume la riqueza en el capitalismo: el capitalismo abstractiza la riqueza, dándole una forma no tangible, pero muy, muy potente, como es el dinero.

Pero dejemos estos dos aspectos (la diferencia entre la forma concreta y abstracta del valor y el valor como la abstracción de la riqueza en el capitalismo), que no alteran el núcleo del asunto, y sigamos con lo esencial. Decimos que la lógica del capitalismo es la producción y la acumulación de valor, sin límites de ningún tipo. La acumulación de valor es un proceso de valorización: algo que antes valía, por decir algo, 10, y ahora vale 15, se ha valorizado. Y que de 10 se pasa a 15, de 15 a 20 y así sin límite. Varias cosas pueden preguntarse a partir de este proceso. a. Por un lado, qué es lo que permite que el valor que existe, pueda crecer. b. Por otro lado, quién lleva a cabo esa tarea y de qué modo. c. En tercer lugar, quién apropia el resultado de la tarea y con qué legalidad o legitimidad; d. En cuarto lugar, de donde sale el primer valor que empieza a valorizarse, esa especie de pecado original.

Tratemos de responder:

a. Por un lado, lo que permite que el valor pueda crecer es el trabajo humano. Por ello la teoría marxista es una teoría del valor-trabajo: es el trabajo humano el único elemento que puede producir valor. El trabajo humano, al aplicarse sobre un determinado objeto y con una serie determinada de medios, transforma la naturaleza de ese objeto y, a la vez, en el mismo movimiento, le agrega valor[7].

b. Por otro lado, quien lleva a cabo el trabajo es, típicamente, el obrero, con medios que no le pertenecen y sobre un objeto que tampoco le pertenece. Solo le pertenece su capacidad de trabajar, en el marco de una relación social en donde existe un propietario

---

[7] La teoría marxista no es la única teoría del valor. Otras teorías, como las neoclásicas, intentan explicar el valor de las mercancías a partir de las necesidades de quienes compran los bienes en el mercado. Y podemos suponer que haya otras teorías sobre el valor y los precios de los bienes y servicios en el capitalismo. Lo que nos parece significativo destacar acá es que ya el padre del liberalismo económico clásico, Adam Smith, había sugerido algo en este sentido, en el sentido de que el valor está dado por el trabajo humano acumulado en la mercancía. Smith sostuvo algo así cuando dijo que el valor de un venado es igual al de dos pescados porque el cazador empleó la misma cantidad de tiempo en cazar un venado que el pescador en pescar dos peces; esto es, el mismo tiempo de trabajo. Marx, que leyó a Smith, solo pulió estas ideas.

que no solo le paga un salario, sino que lo pone en condiciones de producir: le provee instalaciones y máquinas.
c. En tercer lugar, quien apropia el resultado del proceso de valorización es, típicamente, el capitalista, quien ha comprado todos los factores de la producción, y por ende, es propietario de ellos (medios para producir y fuerza de trabajo), y los ha comprado en las calidades y proporciones correctas y ha corrido con el riesgo de la compra. Y si es propietario de lo que permite producir el producto, es también propietario del resultado del proceso.
d. En cuarto lugar, el primer valor que se emplea para que comience a valorizarse no emerge de una valorización previa. Esto es, no emerge de un trabajo bajo formas capitalistas. Emerge de la rapiña, del robo, de la conquista y de la muerte. Es la acumulación originaria, como la que ha llevado a cabo España durante el proceso de conquista de América, al apoderarse del oro y la plata mediante el trabajo forzado de los pueblos originarios, que terminaron financiando procesos de producción capitalista en Europa del norte.

Dicho esto, tratemos de ver la cosa en movimiento.

En realidad, se dan dos posibles procesos: uno, el de *formación de valor* y otro, el de *valorización.* Y esto está puesto en un pasaje muy interesante de *El Capital*, en donde Marx sostiene, socarronamente, en el primer proceso, que el capitalista al que ha imaginado llevando a cabo un proceso de producción, se queda perplejo al ver que ha invertido y arriesgado su capital y no ha obtenido ganancia: el trabajador, que es contratado por el capitalista y que trabaja con medios de producción en una relación asalariada, solo lleva a cabo un proceso de *formación de valor*. Luego, en el segundo proceso, y diciéndonos que, en realidad, el capitalista escondía detrás de su perplejidad su astucia, Marx cambia los parámetros de la situación de producción y, con diferencias en las cantidades, nuestro capitalista, por intermedio de su trabajador asalariado, lleva a cabo un proceso de *valorización*. Y es una risa, porque en la primera situación el capitalista hace cuentas y ve que se ha formado valor, pero no obtiene ganancia, y, en la segunda, vuelve a hacer cuentas y, más tranquilo, comprueba que obtuvo la ganancia que le corresponde. ¡Y no es que haya hecho mal las sumas y restas!

Si bien se dice que un chiste explicado deja de causar gracia, creíamos necesario hacerlo de antemano para que se tenga en cuenta la diferencia y no se caiga en una confusión. Veamos un ejemplo sencillo, a ver si logramos ser claros con la diferencia entre *formación de valor* y *valorización*.

Situación A:

Nuestro capitalista amigo produce mesas. Supongamos un día de trabajo normal. El trabajador que contrató emplea 10 metros de madera para hacer una mesa y esa cantidad de madera cuesta 100 pesos. Y utiliza una herramienta (supongamos, para simplificar, que emplea solo una herramienta, que se desgasta en su totalidad en el proceso de trabajo de hacer una mesa, como si fuera una herramienta descartable) que cuesta 50 pesos. Por último, el trabajador recibe un pago diario por su trabajo de 50 pesos, que es el salario normal diario y que, además, le alcanza, en principio, para reproducir su vida y la de su familia por un día. Entonces, en una jornada de trabajo se realiza una mesa. El nuevo valor formado es el resultado de la suma de los valores parciales que el trabajo del carpintero ha ido sumando mientras trabajaba y que el capitalista ha comprado sesudamente. 100 + 50 + 50 da 200 pesos. Esto es lo que vale el producto del trabajo, y por ende, ese es el precio de venta. ¡Pero es el valor que él ha adelantado como capital y ve que nada ha ganado! Es ahí en donde se queda perplejo.

Alguien podría decir: ¿y no le faltó, a esta cuenta, adicionarle un valor, un porcentaje, que sería la de la ganancia del capitalista? Respondería Marx: pero si le sumás un valor arbitrario, un margen determinado, estarías vendiendo el producto por encima del valor. Y en el capitalismo, las mercancías se venden a su valor. Si le ponés un, por decir algo, 5 %, podría venir otro capitalista y ponerle un 4 % y ganarte en la competencia y así hasta llegar al valor real de la mercancía, que es de 200 pesos. Entonces, no es por ahí por donde hay que mirar el asunto. En esta situación hubo formación de valor, pero no hubo valorización. Veamos el proceso de valorización, en donde el capitalista vende la mesa a su valor (no por encima de él) y, asimismo, obtiene ganancia.

Situación B:

En realidad, en el ejemplo anterior hay una suerte de trampa argumentativa. O, para decirlo mejor, algo que no está dicho, que hace que todo suene extraño. Lo que no está dicho es que el trabajador trabajó durante una determinada cantidad de horas, las que fueron necesarias para hacer la mesa, es decir, las que fueron necesarias para transformar todo el objeto de trabajo con el que se enfrentó; en este caso, los 10 metros de madera. Supongamos que empleó 4 horas para hacer la mesa. Ahora, nada le impide al capitalista que, en las mismas condiciones, adelante el doble de medios de producción, de forma tal que el trabajador pueda producir dos mesas, no una. Y no hay impedimento alguno, pues nuestro buen capitalista ha comprado la capacidad de trabajo del trabajador por una jornada completa, ya que el salario que él paga es el que le permite al trabajador y a su familia vivir durante un día completo en forma normal.

Ahora, afilemos el lápiz y hagamos cuentas junto a nuestro amigo.

- Lo que adelantó como capital: 50 en fuerza de trabajo, 200 en madera, ya que ahora son dos mesas, y 100 en máquinas, ya que ahora son dos máquinas. Total: 350 pesos.
- El valor del producto del trabajo: cada mesa vale: 100 pesos de madera, 50 pesos de máquina desgastada y 50 pesos del valor que le adiciona la fuerza de trabajo. Total: 200 pesos.
- Lo que obtiene de la venta: 2 mesas de 200 pesos cada una. Total: 400 pesos.
- Conclusión: adelantó 350 pesos y obtuvo 400 pesos por la venta: Ganancia: 50 pesos. Y todo sin estafar a nadie: ni al trabajador, pagándole el salario normal luego de una jornada normal, ni a los compradores de mesas, vendiéndoles una mesa a su valor, a un precio normal.

5. ¿Y ahora?

¿Qué habría demostrado esta diferencia, la diferencia entre proceso de formación de valor y valorización? ¿Por qué nos parece importante?

Lo que está mostrando es que en el proceso de trabajo existe creación de valor, es decir, de riqueza social (social, porque es una producción para otros, que se manifiesta en su exposición para la venta en el mercado) y que la apropiación de esa riqueza es privada, haciendo que el apropiador de riqueza, nuestro buen amigo capitalista, pueda volver a adelantar su dinero, que ahora es una masa de dinero incrementada, y obtener una nueva masa de ganancia que a su vez podrá volver a adelantar para volver a valorizar y así hasta el infinito. Y el trabajador siempre va a estar obteniendo una masa salarial que, en el mejor de los casos, le permitirá reproducir su vida y la de los suyos, en condiciones normales.

Por supuesto que en la distancia entre el proceso de trabajo social y apropiación privada, por un lado, y la complejidad de las formas de la sociedad moderna, por el otro, existen un infinidad de mediaciones. Mediaciones, es decir, elementos de todo tipo que complejizan, aceleran o retardan, el proceso de construcción de la desigualdad capitalista. De esa inmensidad de mediaciones, solo nos atrevemos a esbozar algunas de ellas. En este sentido, consideramos que en las sociedades capitalistas modernas:

i. los procesos de producción y las mercancías producidas son muchísimo más complejas que la mesa que hemos tomado como ejemplo ilustrativo y la clase de los capitalistas puede tomar nota de esto y organizarse en consecuencia.

ii. la fuerza de trabajo es infinitamente más i. heterogénea, tanto en sus capacidades como en sus especificidades que el carpintero que hemos considerado, y ii. masiva y, en consecuencia, puede tomar conciencia de sus condiciones y organizarse como clase.

iii. el mercado es mucho más complejo y diversificado que la simple compra y venta de mesas, tanto en el volumen de transacciones, como en la extensión y el tipo de mercancías que se intercambian.

iv. el estado es un actor que está presente, en mayor o menor medida, en el establecimiento de parámetros, no solo respecto del mercado, sino respecto de las demandas sociales también, a través de políticas más o menos activas o intervencionistas, a través de políticas económicas o de políticas sociales.

v. los actores sociales no son estáticos y subordinados a los movimientos del mercado, sino que son sujetos activos, que pueden organizarse en la defensa de sus intereses de clase, dándose organizaciones propias y consistentes, que pueden alterar la dinámica de las determinaciones.

6. Entonces, ¿quedarse de brazos cruzados hasta que las determinaciones sean otras?

Se trata de un viejo problema. La tensión entre la determinación y la voluntad.

Que las determinaciones sean otras: esto es, que la forma de organización social en lugar de estar planteada según lo dicta el proceso de valorización capitalista, esté dada en forma consciente, siguiendo, si se puede decir así, de modo más humanitario, la premisa que sostiene que *de cada cual según su capacidad y a cada cual según su necesidad*. Y para que las determinaciones sociales cambien, para que el organizador social no sea la valorización del valor, sino la concreta necesidad social de las personas, debería darse un proceso en donde el capitalismo, agotado, imposible de perseverar en la valorización, de lugar a una forma social distinta. Marx sostenía esta perspectiva, entre otros factores, en la idea de que las tasas de ganancias de los capitalistas tienen una tendencia ineludiblemente decreciente, la ley de la *tendencia decreciente de la tasa de ganancia*. Fácil: si no hay ganancia, no hay capitalismo.

Pero también, la idea de superar la forma de la determinación capitalista ha encontrado varias expresiones en el voluntarismo, como fue el del asociacionismo de los socialistas utópicos (como Owen o Fourier) o en el revolucionarismo latinoamericano de mediados del siglo XX (como la profunda consigna del *hombre nuevo* que propugnaba el Che). Pero estas posiciones voluntaristas tienen algo de abstractas: sin poner este concepto en entredicho (que el carácter idealista de un planteo puede ser no científico, pero superador, intentando pensar a las sociedades desde valores constitutivos y altruistas como la libertad y la igualdad), es probable que emerja su carácter inaplicable, por lo menos, en los tiempos que corren, en donde, como se dice por acá, *tanto tienes y tanto vales*.

Entonces, ni esperar sentado a que cambien las determinaciones estructurales del modo de producción capitalista, pero tampoco caer en filosofías sociales que puedan estar embebidas de valores altruistas, pero que se desintegrarían al primer contacto con la realidad material de la vida cotidiana de las personas. Ya decía Marx que había que superar al socialismo utópico de los filántropos, que las sociedades modernas son complejas y demandantes y no pueden ser resueltas a partir de modelos comunales aislados de los complejos entornos urbanos productivos de mercancías en cantidades masivas y complejas.

Es en este sentido en donde *una de las respuestas posibles* al fenómeno de la desigualdad pueda estar en las políticas sociales que los estados llevan a cabo. Y decimos esto en un momento en donde, entre otras cosas, están puestas en tela de juicio las políticas sociales de los llamados *gobiernos progresistas.* ¿Qué carácter deberían tener esas políticas, para que no generen el rechazo frente al que estamos ahora y que permite que los gobiernos liberales (digámoslo: mal autollamados libertarios) intenten desintegrarlas? En ese sentido, existe algo de cierto en los argumentos liberales: consideramos que las falencias de esas políticas han perpetuado situaciones de dependencia respecto de las estructuras estatales, sostenidas en relaciones que no dejan de ser clientelares. Esto que acabamos de decir debería ser uno de los elementos a tener en cuenta en una crítica a los progresismos, en una autocrítica que permita que, en un próximo ciclo, transforme las políticas sociales de amparo a los más vulnerables en potentes articuladores de voluntades productivas y de cambio.

Entonces, creemos que, en lo inmediato, no se trata de quedarse de brazos cruzados (la pregunta del subtítulo es retórica): sostenemos que una de las patas de la resolución de la pobreza y de la desigualdad, para permitir la construcción de una sociedad más vivible, con menores niveles de violencia (delincuencial y estatal) y con mayores niveles de integración social, estaría en la construcción de políticas estatales potentes, que sean eficaces en términos económicos y eficaces en términos de la integración social.